



Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Cuentos de domingo de resurrección

¡MANÍA POR SUEÑOS E IDEALIDADES!
OLGA DE LEÓN G.

Como cada mañana, se levantó exactamente diez minutos antes de las siete. Solía decir a quienes le preguntaban sobre el porqué diez minutos antes de la hora, que así había programado su mente para ir al baño y mojar un poco sus párpados, logrando de esa forma despertarse totalmente.

Ángel entró al baño y salió a los seis minutos, dirigiéndose luego a la cocina: puso el café en la cafetera, que había dejado preparada -la noche previa- con el filtro de papel dentro de ella, no le gustaba usar la propia canastilla con malla. Desde que compró su primer cafetera, tomó la costumbre de retirar la canastilla para el café, la guardaba, y no volvía a saber de ella sino hasta que por olvido de compra, se le terminaban los filtros de papel...

Cuatro minutos después, volvió a sonar la alarma del radio-reloj, precaución que también se tomaba, por aquello de no levantarse antes (lo cual nunca sucedía), entró nuevamente a la recámara y apagó la alarma.

Esa era una mañana de viernes Santo. No iría a la iglesia. Pero, igual, como devoto cristiano, esperaría a que dieran las cuatro con treinta de la tarde para después del sacrilegio de la Crucifixión, a partir de entonces, esperar la Resurrección de Cristo Jesús, el Hijo de Dios Padre, al tercer día.

Y con esas ideas en su mente, en sueños, se arreglaba para ir al Panteón y estar ante la tumba de su hijito, a ver si él también le daría una señal de que su vida iba por el camino correcto, el camino del amor, la justicia divina y la bondad de todos los Ángeles y Arcángeles del cielo. No quería equivocarse, no podía cometer falta ni pecado alguno que evitara se le cumpliera el milagro solicitado desde hacía años, desde que su niño murió.

"Dios mío y de todos los mortales creyentes y no creyentes escucha mi ruego, con humildad y profunda fe te lo pido: has el milagro de bendecir las vidas de mis hijos vivos, te lo pido por el alma del hijito que ya reposa en tu reino y al que vengo a recordar..." Y pedirte que:

"Abras sus corazones a tu fe y al amor entre hermanos, que los rencores añejos y nuevos, los celos, envidias y malos pensamientos mueran en su intento por dominar sus mentes: ellos son buenos, ambos son nobles de corazón, y en su amor por nosotros, los padres, se encierra el verdadero amor a Ti, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo".

A Ángel le pareció escuchar unas suaves pisadas a sus espaldas, que se le iban acercando; giró el cuello, y vio a su mujer que venía hacia él. Una amorosa sonrisa se dibujo en el rostro de ambos al tropezar con sus miradas, las pupilas de una con el otro y viceversa.



Con cierta ansia, ella le preguntó: ¿recibiste alguna señal, amado mío?

El agachó su cabeza mientras rodaban sendas lágrimas por sus mejillas... y entonces, casi de inmediato, levantó su mirada al cielo, y dijo: "Perdóname Señor, ¿acaso me estoy quedando ciego, o la sombra de esta tarde nublada y triste me impide ver con claridad?" Mira, mujer, son o no son nuestros hijos, los que ahora vienen hacia nosotros, tomados de la mano.

En la casa de Ángel y María, la alarma del reloj-despertador sonó diez minutos antes de las siete de la mañana: era un viernes Santo, y Ángel, postrado en su lecho miró al lado de él a su mujer; era ella quien se levantaba para, después de entrar al baño e ir a la cocina, poner el café para el desayuno.

Antes de salir de la recámara, le dio un beso en la frente al esposo, al tiempo que le decía, te dejo tu sillita andador junto a la cama... No tardes mucho, te espero en la cocina para que me acompañes desde tu asiento de la "oficina", mientras saco de sus cajitas las medicinas:

- Aquí estoy ya...
- "Buenos días, amor". ¡Con qué buen semblante amaneciste hoy!

¿Tuviste algún sueño especialmente agradable?, cuéntame. Yo soñé contigo...

Era un sábado del año de 2023. Ambos esperaban el arribo del Domingo de Resurrección, para agradecer por los milagros, los más importantes: la Resurrección de Jesús, el amor de sus hijos entre ambos y su fraternidad.

Manía de un par de locos, por: ¡Sueños e idealidades de paz y amor!

DON MATEO, EL CONTADOR
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Era un hombre viejo en los ochenta, que veía para un lado con un ojo y para otro con el otro. Usaba audífonos cuando iba al café. Sepa Dios qué tipo de música escuchaba, pero introducía números en la computadora, en una hoja de Excel, a partir de sus lecturas de vouchers. Tal vez sería asistente del contador de alguna empresa o de alguna persona física que declaraba impuestos. De cabello y bigote cano, obeso, vistiendo pantalones guindos y camisa gris, de botones y manga larga, de pronto debía acercarse a la pantalla porque no alcanzaba a ver bien las celdas con números, a pesar de que usaba un aumento del 150 por ciento en la pantalla.

Su jefe le pagaba el café para que hiciera su trabajo en un lugar con aire acondicionado. Además, usaba un ratón inalámbrico para moverse en la computadora. Llevaba colgada al cuello una cadena con una cruz de plata y adentro de esa cruz, había cenizas del cuerpo de su madre. Introducía los números lentamente, con cuidado de no cometer errores, que podían resultar en el pago excesivo de impuestos o en una auditoría que podía salirle extremadamente cara a su jefe.

Miraba de reojo al hombre sentado en la mesa frente a él. Temía serle aborrecido, como ya lo era entre otros viejos que llevaban una vida más modesta y que no contaban con trabajo. Algunos de ellos se encontraban en situación de calle. Pero él, don Mateo, era muy afortunado. Llevaba cada semana algo de dinero a casa, tenía un reloj de muñeca marca Casio, un celular Android y calcetines cien por ciento de algodón. Luego miraba de reojo hacia otra mesa.

Le gustaba ese café: Lugar amplio, bajo un techo de tres metros de altura,

con ventanales que iban del piso al muro bajo del techado, y que se extendían por veinte metros de largo, frente a la calle. El alumbrado combinaba luces blancas y amarillas, y el aire climatizado a veces le volvía necesario colocarse un suéter, aún fuera pleno verano y la temperatura exterior alcanzara los cuarenta grados centígrados.

La noche de aquel día, don Mateo había tenido un sueño que lo había despertado angustiado a media madrugada. En su sueño hablaba arameo y tenía alas. Y se encontraba a punto de ser martirizado por diez mil espadas. Al despertar con el pecho agitado y la angustia extendiéndose sobre su cuerpo como un millar de hormigas que lo cubren lentamente, buscó su celular en la mesa de la cama. Encendió la luz y se encontró bajo las sábanas. Eran las 3:34 de la mañana. Extendió la mano abierta, secándose el sudor de la frente y, con la palma hacia arriba, murmuró: "¡Dios mío! ¿Qué significa esto? ¿Qué estoy haciendo yo aquí?" El silencio se metió rápidamente por sus oídos y le atestó un dolor que sintió por toda la frente y una voz le espetó: "¡No temas, Evangelista!"

Eso no lo dejaba trabajar tranquilamente en el café. De pronto la angustia le recorría el cuerpo y lo distraía de su deber. Los números se le revolaban en la pantalla y no alcanzaba a distinguir con claridad las celdas, pues solo deseaba pensar en su cumpleaños. ¿Con quién lo celebraría? Había llegado a los ochenta y cuatro con pocos amigos. Estarían en casa, para la fiesta del sábado, su esposa, sus hijos, nietos y un amigo.

Don Mateo seguía revisando las cuentas en la pantalla de la laptop. Pero se distraía incesantemente. ¿Y si él era Mateo, el evangelista, y había reencarnado como decían que sucedía según los hinduistas y budistas? ¡Qué locura! ¡Y qué mundo tan distinto al que había vivido hacía dos mil años! Había regresado como un hombre afortunado, con trabajo aún a su edad y por las cosas de las que había disfrutado en vida. No había llevado un vivir lleno de lujos, pero definitivamente sí, uno afortunado. ¿Había sido por aquel Mateo, el Evangelista, que había elegido estudiar contaduría hacía setenta años?

No sabía qué decir, qué opinar. ¿Esto le estaba sucediendo a alguien más en la tierra? ¿Acaso era de los hombres que creía en historias de fantasmas o entes de otros planetas? Había visto cosas extrañas a lo largo de su vida, y algunas tanto, que todavía las recordaba, pero nada parecido a esto. ¿Acaso él creía en Dios?

Don Mateo se rascó el bigote, suspiró, levantó la vista y echó para atrás la espalda hasta recargarse en el respaldo acojinado del sillón. Se quedó mirando el cielo fijamente, sin mirarlo, notando algunas nubes y se quedó pensando, y pensando...



Charles Baudelaire

(París, 1821 - 1867) Poeta francés, uno de los máximos exponentes del simbolismo, considerado a menudo el iniciador de la poesía moderna. Hijo del ex sacerdote Joseph-François Baudelaire y de Caroline Dufayis, nació en París el 9 de abril de 1821. Su padre murió el 10 de febrero de 1827 y su madre se casó al año siguiente con el militar Jacques Aupick; Baudelaire nunca aceptó a su padrastro, y los conflictos familiares se transformaron en una constante de su infancia y adolescencia.

En 1831 se trasladó junto a su familia a Lyon y en 1832 ingresó en el Colegio Real, donde estudió hasta 1836, año en que regresaron a París. Continuó sus estudios en el Liceo Louis-le-Grand y fue expulsado por indisciplina en 1839. Más tarde se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y se introdujo en la vida bohemia, conociendo a autores como Gérard de Nerval y Honoré de Balzac, y a poetas jóvenes del Barrio Latino. En esa época de diversión también conoció a Sarah "Louche", prostituta que inspiró algunos de sus poemas y le contagió la sífilis, enfermedad que años más tarde terminaría con su vida.

Su padre adoptivo, el comandante Aupick, descontento con la vida liberal y a menudo libertina que llevaba el joven Baudelaire, lo envió a un largo viaje con el objeto de alejarlo de sus nuevos hábitos. Embarcó el 9 de junio de 1841 rumbo a la India, pero luego de una escala en la isla Mauricio, regresó a Francia, se instaló de nuevo en la capital y volvió a sus antiguas costumbres desordenadas. Siguió frecuentando los círculos literarios y artísticos y escandalizó a todo París con sus relaciones con Jeanne Duval, la hermosa mulata que le inspiraría algunas de sus más brillantes y controvertidas poesías.

Como ya era mayor de edad, reclamó la herencia paterna, pero su vida de dandy le hizo dilapidar la mitad de su herencia, lo que indujo a sus padres a convocar un consejo de familia para imponerle un tutor judicial que controlara sus bienes. El 21 de septiembre de 1844 la familia designó un notario para administrar su patrimonio y le asignó una pequeña renta mensual, situación que profundizó sus conflictos familiares.

A principios de 1845 empezó a consumir hachís y se dedicó a la crítica de arte, publicando Le Salon de 1845, un ensayo elogioso sobre la obra de pintores como Delacroix y Manet, entonces todavía muy discutidos. Ante los primeros síntomas de la sífilis y en medio de una fuerte crisis afectiva, intentó suicidarse el 30 de junio de ese año. Más tarde publicó Le Salon de 1846 y colaboró en revistas con artículos y poemas. Buena muestra de su trabajo como crítico son sus Curiosidades estéticas, recopilación póstuma de sus apreciaciones acerca de los salones, al igual que El arte romántico (1868), obra que reunió todos sus trabajos de crítica literaria.

Fue además pionero en el campo de la crítica musical, donde destaca sobre todo la opinión favorable que le mereció la obra de Wagner, que consideraba como la síntesis de un arte nuevo. En literatura, los autores E.T.A. Hoffmann y Edgar Allan Poe, del que realizó numerosas traducciones (todavía las únicas existentes en francés), alcanzaban, también según Baudelaire, esta síntesis vanguardista; la misma que persiguió él mismo en La Fanfarlo (1847), su única novela, y en sus distintos esbozos de obras teatrales.

Comprometido por su participación en la revolución de 1848, la publicación de Las flores del mal, en 1857, acabó de desatar la violenta polémica que se creó en torno a su persona. El 30 de diciembre de 1856, Baudelaire había vendido al editor Poulet-Malassis un conjunto de poemas, trabajados minuciosamente durante ocho años, bajo el título de Las flores del mal, que constituyó su principal obra y marcó un hito en la poesía francesa. El poemario se presentó el 25 de junio de 1857 y provocó escándalo entre algunos críticos.

La sífilis que padecía le causó un primer conato de parálisis (1865), y los síntomas de afasia y hemiplejía, que arrastraría hasta su muerte, aparecieron con violencia en marzo de 1866, cuando sufrió un ataque en la iglesia de Saint Loup de Namur.

Trasladado urgentemente por su madre a una clínica de París, permaneció sin habla pero lúcido hasta su fallecimiento, en agosto del año siguiente.

ad pèdem literae

El mundo es de quien nace para conquistarlo y no de quien sueña que puede conquistarlo

Fernando Pessoa

Letras de buen humor

No hagas hoy lo que puedas dejar de hacer también mañana

Fernando Pessoa

Mónica Lavín

75 años de Cuadernos Hispanoamericanos

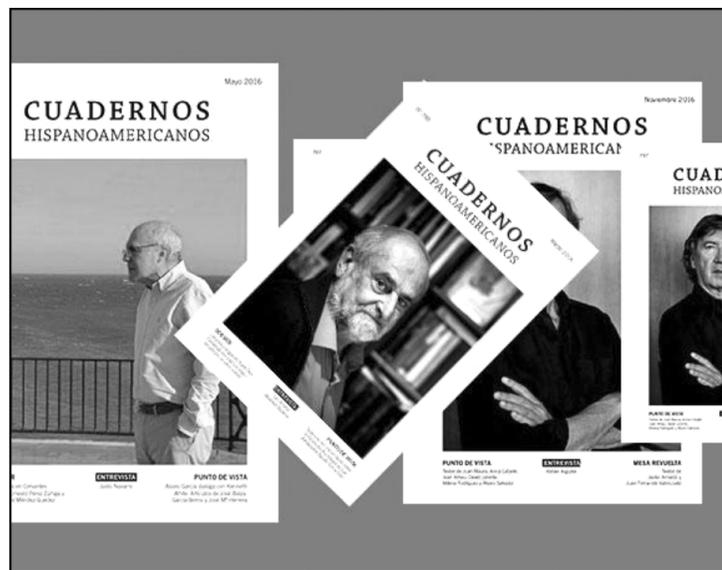
En días pasados se celebró el IX Congreso de la Lengua Española en Cádiz, que tomó la estafeta a toda velocidad del cambio de la sede original en Arequipa, Perú. La tacita blanca, como llaman a la ciudad de origen fenicio, se vistió de carácter y los propios locatarios jugaron con el habla y el evento de esos días. En el escarpate de una estética, me topé con este texto al lado de una cabeza empelucada: Escarmenar, desenredar o limpiar el cabello. La jocosidad gaditana engalanó el intercambio de visiones y asuntos que competen a la lengua y su flexibilidad interoceánica. Ahí se celebraron los 75 años de la revista icónica Cuadernos Hispanoamericanos, publicada por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, que ha sostenido a lo largo largo tiempo y de manera ininterrumpida el diálogo cultural entre los países hispanohablantes. La presencia de México ha sido una constante que se puede observar desde el número inicial dirigido por Pedro Laín Entralgo en enero de 1948, donde José Vasconcelos hace una reflexión sobre la identidad y la circunstancia hasta el comentario crítico de la novela ganadora del premio Sor Juana Inés de la Cruz de la escritora mexicana Daniela Tarazona y el texto de Cesar

Tejeda respecto a la obra de la cuentista de culto Amparo Dávila en febrero 2023. México ha estado ahí desde la preocupación crítica y ensayística por el ser mexicano, a una república de las letras menos ocupada por las fronteras nacionales y más por la pluralidad de generaciones, visiones, estilos.

El propio nacimiento de Cuadernos Hispanoamericanos está ligado a México. En pleno régimen franquista, fue una forma de respuesta a Cuadernos americanos fundada en México (1942) y nutrida por los intelectuales del exilio español, que enraizaron en México sus saberes para formar jóvenes, fundar editoriales, crear institutos de investigación siempre con el ánimo progresista que animaba la España de la que quedaron escindidos.

Por ello una de las críticas sustanciales de los números que van hasta 1976 es la escasa presencia de los escritores españoles en el exilio.

Con los sesgos iniciales, Cuadernos Hispanoamericanos ha persistido como un foro de intercambio de formas de pensamiento y propuestas artísticas. En ese ánimo, dos volúmenes conmemorativos, en 1979 y 1985, respectivamente, están dedicados por completo a Octavio Paz y a Juan Rulfo.



La nueva época de la revista en 2021 se abre con más intensidad hacia el diálogo desde la obra creativa, como lo explica Javier Serena, su actual director. "En estos años sobre todo hemos querido hablar de la literatura escrita en español sin perspectiva nacional, intentando recoger la creación de todos los países con independencia del origen. También, alternar autores y autoras de generaciones distintos, y encontrar un equilibrio entre el ensayo académico y el literario." Varias autoras y autores mexicanos han sido portada en años recientes: Cristina Rivera Garza, Valeria Luiselli y Antonio Ortuño. Las entrevistas y

comentarios sobre sus libros permiten verlos de cerca. Se ha escrito sobre libros algo olvidados como las Crónicas de Elena Garro sobre la España de la guerra civil, entre otros libros, y se disfrutaron diálogos entre autores en la sección Correspondencias.

La revista ha cambiado con los tiempos; en su forma impresa y digital anima una conversación imparable. Es un foro fresco y diverso que congrega pareceres y expresiones artísticas que van sentando la memoria de un mapa fecundo donde nos podemos mirar para azuzar el asombro y el intercambio en la universalidad del español.